

Mi marido pertenece al segundo tipo. Peor aún, cuando yo cargo el lavavajillas, él viene después a reordenarlo.

Increíblemente, todavía no le he pedido el divorcio, a pesar de que estoy casi segura de que esto es motivo de sobra. ¿Cuántas veces le habré sacado a colación esta tendencia sociopática suya? Hasta la estoy mencionando en la prensa nacional. Me pone hecha una furia que se ponga a recolocar los platos sucios que acabo de cargar mientras yo aún estoy ahí. Pero a él poco le importa y merodea, listo para abalanzarse al lavavajillas antes de que yo pueda darle al botón de encendido. Claro que yo podría, sencillamente, darme por contenta por tener un cargador de lavavajillas permanente. Pero esos grandes suspiros que da, como si de un enorme agravio se tratara, me vuelven loca.

Un estudio reciente realizado en Gran Bretaña reveló que las parejas discuten por las tareas del hogar unas cinco veces a la semana. ¿Sólo cinco? (in)000G.002 (in)004)10 x004)1281WB/TT0 a(e)1 .12.002 (areas

monté y coloqué debajo de la escalera específicamente con ese propósito, y que está adornado con los abrigos de todos los demás, es el lugar correcto.

O, si estoy cocinando, él suele hacer comentarios tan útiles como: «¿Estás segura de que lo has dejado el tiempo suficiente?». Mejor no decir mi reacción ante ese tipo de comentarios.

Está obsesionado con los cubos de la basura: el de reciclaje, el compostador, todos. Por lo que a mí respecta, no me acercaría a ese maloliente contenedor marrón ni aunque mi vida dependiera de ello, así que él acumula todos los restos de comida en un plato y lo deja en la encimera de mi cocina, listo para llevarlo al compostador cuando salga. Por supuesto que a la mañana siguiente el plato lleno de restos sigue donde estaba.

Lo de las tareas domésticas en mi casa es como plantarle cara a un tsunami. No hay manera de tenerlas bajo control. Estoy segura de que mis padres creen que es mi karma, por todo el caos que dejé a mi paso cuando era niña.

